

dejase batir frustraría los más vastos designios y quedaría para siempre deshonrado. Les amonestó ahincadamente á permanecer en guardia contra la caballería prusiana y á recibirla en cuadro con su acostumbrada firmeza. A estas palabras respondieron en toda la línea las voces de ¡adelante!, ¡viva el emperador! Aunque la niebla era espesa, las avanzadas enemigas divisaron la luz de los hachones, oyeron las exclamaciones de júbilo de nuestros soldados, y corrieron á dar la alarma al general Tauenzien. Poníase en movimiento en aquel instante el cuerpo de Lannes á la orden de Napoleón, y la división de Suchet dividida en tres brigadas marchaba la primera. Iba al frente desplegada en una sola línea la brigada de Claparede, compuesta del 17 ligero y de un batallón de preferencia; en las alas de su línea, y para defenderla de los ataques de la caballería, iban dispuestos en columna cerrada los regimientos 34 y 40 que formaban la brigada 2.^a. La brigada de Vedel, también desplegada, cerraba esta especie de cuadro. A la izquierda de la división de Suchet, y un tanto rezagada, iba la división de Gazán formada en dos líneas y precedida por su artillería. En este orden iba el ejército avanzando como á tientas entre la niebla. La división de Suchet se encaminaba al pueblo de Closewitz, que estaba á la derecha, y la de Gazán al de Cospoda, situado á la izquierda. Los batallones sajones de Federico-Augusto y de Rechten, y el batallón prusiano de Zwéifel, al divisar por entre la niebla una masa de ejército en movimiento, hicieron todos á un tiempo una descarga que recibió el 17 ligero, contestando inmediatamente. Duró el tiroteo algunos momentos, viéndose las luces, oyéndose los disparos, pero sin distinguirse unos á otros.

Adelantando los franceses acabaron por descubrir el pequeño bosque que rodeaba al pueblo de Closewitz; cayó rápidamente sobre ellos el general Claparede, y después de un combate cuerpo á cuerpo se apoderó de él en breve, como también del mismo pueblo de Closewitz. Privada ya de este apoyo la línea del general Tauenzien, continuó la marcha bajo las balas que salían del seno de aquella espesa bruma. La división de Gazán por su lado rodeó el pueblo de Cospoda y se hizo fuerte en él.

Entre estos dos pueblos, pero algo más distante, estaba la pequeña aldea de Lutzenrode que ocupaban los fusileros de Erichsen; también le asaltó la división de Gazán, y entonces ya se pudieron desplegar las fuerzas más cómodamente. En aquel momento las dos divisiones de Lannes sufrieron nuevas descargas de artillería y fusilería; partían de los granaderos sajones de la brigada de Cerrini, que después de haber recogido las avanzadas del general Tauenzien volvían otra vez hacia adelante y hacían sus descargas por batallones, con tanta precisión é igualdad como si estuvieran en un campo de ejercicios. El 17 ligero, que ocupaba la cabeza de la división de Suchet, tuvo que pasar á la espalda por haber gastado todos sus cartuchos; ocupó su lugar el 34, y después de sostener el fuego cierto tiempo cerró con los granaderos sajones á la bayoneta y los dispersó. Habiendo cundido en breve la derrota al cuerpo entero del general Tauenzien, las divisiones de Gazán y de Suchet apresaron unos veinte cañones y muchos fugitivos. Dejamos dicho que partiendo del

Landgrafenberg, las mesas onduladas donde acababan de desplegarse las fuerzas se iban inclinando hacia el pequeño valle del Ilma. Marchábase, pues, rápidamente por un terreno en cuesta en pos de un enemigo que huía, y en este raudo movimiento fueron envueltos dos batallones de Cerrini, así como los fusileros de Pelet que habían quedado en las cercanías de Closewitz, y fueron estas tropas repelidas en el resto de la jornada hacia el general Holzendorf como lo habían sido la vispera en la defensa del paso de Dornburgo.

No duró esta acción dos horas. Eran las nueve, y ya Napoleón había realizado la primera parte de su plan, reducida á apoderarse del espacio necesario para desplegar su ejército. En el mismo instante se cumplían sus instrucciones en todas partes con una puntualidad admirable: por la izquierda el mariscal Augereau, después de haber dirigido la división de Heudelet, lo mismo que su artillería y caballería, á la hononada de Muhlthal por la carretera de Weimar, trepaba con la división de Desjardins por el recuesto del Landgrafenberg, é iba á formar en las mesas la izquierda de la división de Gazán. Por la derecha, el mariscal Soult, de cuya columna sólo había llegado la división del general Saint-Hilaire, subía desde Lobstedt por detrás de Closewitz y por frente de las posiciones de Nerkwitz y de Alten-Gone, ocupadas por los restos de los cuerpos de Tauenzien y por el destacamento del general Holzendorf. Impaciente el general Ney por asistir á la batalla, había destacado de su cuerpo un batallón de cazadores y otro de granaderos, el 25 ligero y dos regimientos de caballería, y con esta tropa escogida se había adelantado, consiguiendo entrar en Jena á la misma hora en que terminaba el primer plan de la jornada. Volviendo por fin al galope con los dragones y los coraceros de los reconocimientos verificados por el Saale inferior, subía Murat hacia Jena ya sin aliento. Resolvió Napoleón entonces detenerse algunos instantes en el terreno conquistado para dar tiempo á sus tropas de entrar en línea.

Entretanto los fugitivos del general Tauenzien dieron aviso á todo el campamento prusiano. Al estampido del cañón, el príncipe de Hohenlohe había acudido al camino de Weimar, donde estaba acampada la infantería prusiana, sin creer aún que se empeñase una acción general, y quejoso de que se cansase á las tropas haciéndolas tomar las armas inútilmente. Desengañado en breve tomó sus medidas para presentarse en batalla. Sabiendo que los franceses habían pasado el Saale en Saalfeld, confiaba en que asomarían por entre Jena y Weimar, y había formado su ejército á lo largo del camino que sirve de comunicación entre estas dos ciudades. Fallida su previsión tenía que cambiar sus disposiciones, y lo hizo con prontitud y resolución: envió el grueso de la infantería prusiana, al mando del general Gráwert, á ocupar las posiciones abandonadas por el general Tauenzien; dejó hacia el *Schnecke*, donde iba á situar su derecha, la división de Niesenmüschele, compuesta de las dos brigadas sajones de Burgsdorf y de Nehroff, del batallón prusiano de Boguslawski y de una numerosa artillería, con orden de defender hasta el último trance las rampas por donde el camino de Weimar sube á las mesas; dióles para ayudarlos la brigada de Cerrini, reunida otra vez y reforzada con cuatro bata-

llones sajones. A espaldas de su centro situó una reserva de cinco batallones bajo las órdenes del general Dyherrn para apoyar al general Gráwert. Mandó reunir á cierta distancia del campo de batalla los restos del cuerpo de Tauenzien provistos de municiones. Por lo tocante á su izquierda mandó al general Holzendorf marchar adelante, si podía, para caer sobre la derecha de los franceses, mientras él por su parte procurase recibirlos de frente. Mandó al general Rúchel aviso de lo que ocurría rogándole acelerase su marcha, y por último, se lanzó en persona, con la caballería prusiana y la artillería montada, á recibir á los franceses para contenerlos y proteger la formación de la infantería del general Gráwert.

Eran las diez poco más ó menos, y la acción de la mañana, interrumpida una hora, iba á renovarse con mayor ímpetu. Mientras que el mariscal Soult por la derecha, saliendo de Lobstedt, subía por las alturas con la división de Saint-Hilaire, y mientras que el mariscal Lannes desplegaba en el centro las divisiones de Suchet y de Gazán en las mesas tomadas por la mañana, y el mariscal Augereau por la izquierda dejaba la hononada de Muhlthal y tomaba el pueblo de Iserstedt, el mariscal Ney, llevado por su natural arrojo, se adelantó á favor de la niebla con sus tres mil soldados escogidos, y se situó entre Lannes y Augereau enfrente del pueblo de Vierzehn-Héiligen que ocupaba el centro del campo de batalla.

Llegaba en el momento mismo en que el príncipe de Hohenlohe acudía al frente de la caballería prusiana, y viéndose de súbito con el enemigo delante, cierra con él antes que el emperador mandase renovar la acción. Ya la artillería montada del príncipe Hohenlohe se formaba en batería cuando Ney envió contra ella el 10 de cazadores. Aprovechando este regimiento un grupo de árboles que se hallaba al paso para formarse, sale luego al galope, sube por la derecha á caer sobre el flanco de la artillería prusiana, ahuyenta á sablazos á los artilleros, y se apodera de siete cañones bajo el fuego de toda la línea enemiga; pero cae sobre él un pelotón de coraceros prusianos, y se ve precisado á cejar precipitadamente. Envía entonces Ney el 3.^o de húsares: maniobra este regimiento como lo hizo el 10 de cazadores aprovechando el grupo de árboles para formarse, sube por el flanco de los coraceros, cierra luego repentinamente con ellos, los desordena, y los obliga á retirarse. Sin embargo no bastaban dos regimientos de caballería ligera para hacer frente á treinta escuadrones de dragones y coraceros, y nuestros cazadores y húsares tuvieron en breve que ponerse en cobro detrás de nuestra infantería; el mariscal Ney manda avanzar entonces el batallón de granaderos y el de cazadores que llevaba consigo, los forma en dos cuadros, y poniéndose él mismo en uno de ellos los opone á las cargas de la caballería prusiana; deja que los coraceros enemigos lleguen á veinte pasos de sus bayonetas y los aterra con el aspecto de una infantería inmóvil que reserva sus fuegos; entonces da la señal, y una descarga á quema ropa cubre el terreno de muertos y de heridos. Así fueron embestidos diferentes veces, y los dos cuadros permanecieron siempre impertérritos.

Situado en la altura de Landgrafenberg se maravillaba Napoleón de que hubiese empezado el fuego sin

esperar sus ordenes, y más le sorprendió aún la noticia de que el mariscal Ney, á quien suponía situado á la espalda, hubiese empeñado el combate con los prusianos. Acudió allí muy descontento, y al llegar cerca de Vierzehn-Héiligen divisó desde lo alto al mariscal Ney, que en medio de dos pequeños cuadros se defendía contra toda la caballería prusiana. No había disgusto que pudiera subsistir al presenciar aquella actitud heroica: al punto envió al general Bertrand con dos regimientos de caballería ligera, únicos que le quedaban separados de Murat, para ayudar al mariscal Ney á libertarse, y manda á Lannes que avance con su infantería. El intrépido Ney esperaba con la mayor serenidad que acudiesen en su auxilio. Mientras renueva con cuatro regimientos las cargas de su caballería, manda el 25 de infantería ligera por su izquierda á apoyarse en el bosque de Iserstedt que Augereau procuraba ocupar por su lado; manda avanzar el batallón de granaderos hasta el bosquecillo que había protegido á sus cazadores, y envía el batallón de cazadores de infantería á tomar el pueblo de Vierzehn-Héiligen, pero acudiendo Lannes en aquel mismo instante á socorrerle, envía al pueblo de Vierzehn-Héiligen el regimiento 21 de infantería ligera, y poniéndose en persona al frente de los regimientos 100, 103, 94, 64 y 88 de línea, desemboca por frente á la infantería prusiana del general Gráwert. Desplégase éste delante del pueblo de Vierzehn-Héiligen con una regularidad de movimientos propia de largos ejercicios, fórmase en batalla, y rompe un fuego de fusilería ordenado y terrible. Los tres pequeños destacamentos de Ney sufren muy grande pérdida; pero Lannes, subiendo por la derecha de la infantería del general Gráwert, procura envolverla á pesar de las repetidas cargas de la caballería del príncipe de Hohenlohe que le asalta en su marcha.

El príncipe de Hohenlohe sostuvo valientemente á sus tropas en el peligro. Se desbandó el regimiento de Sanitz, y le volvió á formar bajo el fuego; quiso en seguida que el regimiento de Zastrow entrase á la bayoneta en el pueblo de Vierzehn-Héiligen, esperando con esto decidir la victoria; pero le anunciaron que empezaban á asomar otras columnas enemigas, que el general Holzendorf, empeñado contra fuerzas superiores, no se hallaba en disposición de cooperar con él, y que el general Rúchel sin embargo estaba pronto á unírsele con su cuerpo de ejército. Juzgó entonces que convenía esperar la llegada de este poderoso auxilio y mandó bombardear el pueblo de Vierzehn-Héiligen, queriendo entregarle á las llamas antes de entrarle á la bayoneta. Al mismo tiempo despachó repetidamente oficiales al general Rúchel, apremiándole y prometiéndole la victoria si llegaba á tiempo, diciendo que los franceses estaban á punto de cejar: ¡vana ilusión de su ardoroso y ciego coraje! En aquel mismo instante fallaba la fortuna de muy diverso modo, porque Augereau desembocaba por fin con la división de Desjardins por el bosque de Iserstedt, desembarazaba el ala izquierda de Ney, y empezaba á tirotearse con los sajones que defendían el *Schnecke*, mientras que el general Heudelet los acometía en columna por la carretera de Jena á Weimar.

Por el otro lado del campo de batalla el cuerpo del mariscal Soult, después de arrojar del bosque de Clo-

sewitz los restos de la brigada de Cerrini y los fusileros de Pelet, y de repeler á muy larga distancia el destacamento de Holzendorf, hacía descargas de cañón sobre el flanco de los prusianos: viendo Napoleón el progreso de sus dos alas, y noticioso de la llegada de las tropas que habían quedado rezagadas, no vacila en empeñar todas las fuerzas presentes en el campo de batalla, inclusa la guardia, y da la orden de marchar adelante. Comunicase á la línea entera un irresistible impulso, arrolla á los prusianos desconcertados, y los precipita por el terreno inclinado que baja del Landgrafenberg al valle del Ilma. El regimiento de Hohenlohe, los granaderos de Hahn de la división de Gráwert perecen casi todos por el fuego y la bayoneta; el mismo general Gráwert recibe una grave herida dirigiendo su infantería. No hay cuerpo que resista: la brigada de Cerrini retrocede á impulso de la metralla hacia la reserva de Dyherrn, que opone en vano sus cinco batallones al ímpetu de los franceses. Descubierta en breve y atacada esta reserva, se ve por todas partes envuelta y reducida á dispersarse. Queda arrollado en la derrota general el cuerpo de Tauenzién que el príncipe de Hohenlohe había vuelto á formar momentáneamente haciéndole sostener el fuego: la caballería prusiana, aprovechando la ausencia de la caballería pesada enemiga, vuelve á la carga para sostener á su quebrantada infantería; pero opónensele nuestros húsares y cazadores, y aunque repetidas veces precisados á cejar, vuelven sin cesar á sostener la carga alentados y entusiasmados con la victoria. A esta confusa retirada sucede una espantosa carnicería: hácese á cada instante prisioneros, y pierden los prusianos su artillería por baterías enteras.

Llega por fin en tan gran peligro, aunque muy tarde, el general Rúchel; marcha sobre dos líneas de infantería, llevando á la izquierda la caballería perteneciente á su cuerpo, y á la derecha la caballería sajona mandada por el valiente general Zeschwitz que había venido espontáneamente á tomar esta posición. Subió al paso aquellas mesas inclinadas desde el Landgrafenberg al Ilma. Mientras subía él, bajaban por sus costados como á torrentes los prusianos y los franceses, unos en pos de otros, de modo que desde su aparición en el campo de batalla le sobrecogió una especie de tormenta. Mientras avanzaba aterrado á la vista de aquel desastre, se precipitaron sobre él los franceses con todo el ímpetu de la victoria. Dispérsase primeramente la caballería que cubría su flanco izquierdo; el malhadado general amante poco cauto, pero ardiente, de su patria, se consagra personalmente como primera víctima; una bala le hiere en medio del pecho, y sus soldados le sacan en sus brazos moribundo. Privada su infantería de los jinetes que la cubrían, se ve acometida de flanco por las tropas del mariscal Soult y amagada de frente por las de los mariscales Lannes y Ney. Los batallones que ocupaban la extrema izquierda de la línea, transidos de terror, se desbandan arrastrando en su huida el resto del cuerpo de ejército. Para colmo de infortunios llegan á galope los dragones y coraceros franceses conducidos por Murat, impacientes de tomar parte en la batalla. Rodean á los desgraciados batallones desbandados, cierran á sablazos con los que tratan de sostenerse, y persiguen á los demás hasta las orillas del Ilma haciendo numerosos prisioneros.

Sólo quedaban en el campo de batalla las dos brigadas sajonas de Burgsdorf y de Nehroff, las cuales después de haber honrosamente defendido el *Schnecke* contra las divisiones de Heudelet y Desjardins del cuerpo de Augereau, fueron forzadas en su posición por la destreza de los fusileros franceses, y ejecutaban su retirada formadas en dos cuadros. Presentaban estos cuadros tres lados de infantería, y uno de artillería que formaba el lado de atrás. Las dos brigadas sajonas se retiraban, ya deteniéndose, ya haciendo fuego con sus cañones, ya continuando su marcha. La artillería de Augereau los perseguía á cañonazos; una nube de fusileros franceses lanzada en pos de ellas las acribillaba á balazos. Murat que acababa de repeler los restos del cuerpo de Rúchel, cae ahora sobre las dos brigadas sajonas, y hace que sus dragones y coraceros carguen sobre ellas sucesivamente. Arrójense los dragones sobre el primer cuadro sin romperlo, pero vuelven á la carga, y consiguen hacer brecha y penetrar dentro. El general de Hautpoul acomete con los coraceros al segundo, lo rompe y comete en él todos los destrozos que una caballería victoriosa hace en una infantería desconcertada. No les queda á aquellos desgraciados más recurso que entregarse prisioneros. Desconciértase á su vez el batallón prusiano de Boguslawski, y es tratado como los demás. El valiente general Zeschwitz que había acudido con la caballería sajona á socorrer su infantería, hace vanos esfuerzos para sostenerla; se ve precisado á cejar y ceder á la derrota general.

Murat reúne sus escuadrones y corre hacia Weimar á recoger nuevos trofeos. A cierta distancia de esta ciudad estaban reunidos y mezclados varios destacamentos de infantería, caballería y artillería, en el tope de una cuesta larga y pendiente que forma la carretera para reunirse con la hondonada del valle del Ilma. Dichas tropas, confusamente acumuladas, se apoyaban en un bosquecillo que lleva el nombre de bosque de Webicht. Aparecen de repente los fúlgidos cascos de la caballería francesa, salen entonces instintivamente de aquella aturrida hueste algunos tiros, á esta señal la masa llena de terror se precipita por la pendiente que conduce á Weimar, é infantes, jinetes y artilleros se arrojan todos unos sobre otros en aquel precipicio. Nuevo desastre digno de lástima por cierto; lanza Murat parte de sus dragones, los cuales repelen á estocadas aquella espantada turba, y la persiguen hasta por las calles de Weimar; hace un rodeo con la otra parte, se adelanta á Weimar, y corta la retirada á los fugitivos, que se entregan á miles.

De los setenta mil prusianos que se habían presentado en el campo de batalla no quedaba un solo cuerpo completo, ni que hiciese su retirada en orden; de los cien mil franceses que componían los cuerpos de los mariscales Soult, Lannes, Augereau, Ney, Murat y la guardia, sólo cincuenta mil á lo sumo entraron en batalla, y bastaron para destrozar al ejército prusiano. La mayor parte de este ejército, herido de una especie de vértigo, corría por todos los caminos de la Turingia arrojando las armas y desconociendo ya hasta sus banderas y la voz de sus oficiales. Cubrían el campo desde Jena á Weimar cerca de doce mil prusianos y sajones, muertos ó heridos, y unos cuatro mil franceses entre muertos y heridos también; veíanse tendidos en tierra,

y en número más que ordinario, los oficiales prusianos que habían noblemente pagado con su vida su loco ardimiento. Tenían nuestros soldados en su poder, ebrios de júbilo, quince mil prisioneros y doscientos cañones. Los proyectiles de los prusianos habían incendiado la ciudad de Jena, y desde las mesas donde había sido la batalla veíanse columnas de llamas alzarse del seno de la obscuridad. Las granadas de los franceses surcaban las tinieblas sobre la ciudad de Weimar, amenazándola con una suerté igual. Los gritos de los fugitivos que la atravesaban corriendo, el ruido de la caballería de Murat que recorría sus calles al galope arrollando sin piedad á sablazos á todos los que al punto no arrojaban las armas, llenaron de espanto esta hermosa ciudad, noble asilo de las letras y pacífico emporio del comercio intelectual más floreciente que á la sazón pudiera haber en el mundo! En Weimar como en Jena huyeron muchos de sus habitantes; los vencedores, disponiendo como amos de estas ciudades casi abandonadas, establecían sus almancen y hospitales en las iglesias y parajes públicos. Ocupábase Napoleón de vuelta á Jena, según su costumbre, en reunir los heridos y oír las exclamaciones de ¡viva el emperador! confundirse con los gemidos de los moribundos; escenas tremendas, cuyo aspecto sería intolerable si el genio y el heroísmo no compensasen su horror, y si la gloria, esa sagrada aureola que todo lo embellece, no las rodease con sus rayos fascinadores!

Pero aunque eran muy considerables los resultados ya obtenidos, no conocía aún Napoleón toda la extensión de su victoria, ni los prusianos la de su infortunio. Mientras tronaba el cañón en Jena, resonaba también á lo lejos hacia la derecha en la dirección de Naumburgo. Había Napoleón dirigido su vista con frecuencia hacia aquel lado, imaginando que los mariscales Davout y Bernadotte, que reunían entre ambos cincuenta mil hombres, no tenían mucho que temer de los restos del ejército prusiano, cuya mayor parte juzgaba haber combatido en Jena. Habíales repetido diferentes veces la orden de dejarse matar todos antes que abandonar el puente de Naumburgo. El príncipe de Hohenlohe, que se retiraba con el alma traspasada de dolor, había oído también cañonazos por aquel lado, y se inclinaba á encaminarse allí, atraído y rechazado alternativamente por las noticias que llegaban de Awerstaedt, punto donde estaba acampado el ejército de Brunswick. Decían unos que este ejército había conseguido una completa victoria; otros, por el contrario, que había sufrido un desastre más completo que el ejército de Hohenlohe. Pronto supo el príncipe la verdad: he aquí lo que nuevamente ocurrió en aquella memorable jornada, señalada con dos sangrientas batallas dadas á cuatro leguas una de otra.

El ejército real había marchado la víspera en cinco divisiones por la carretera de Weimar á Naumburgo; y recorriendo las mesas onduladas como las olas de la mar que forman el suelo de la Turingia, y que terminan en ásperos cerros hacia las orillas del Saale, había hecho alto en Awerstaedt, algo más allá del desfiladero de Kosen, posición militar muy conocida. Había hecho cinco ó seis leguas de camino, que se juzgaron ser lo bastante para tropas poco avezadas á las fatigas de la guerra, y establecieron su vivac el 13 por la noche á la

entrada y á la salida del pueblo de Awerstaedt, donde lo pasaron muy mal por no saber subsistir sin almacenes. Lo mismo que el príncipe de Hohenlohe, el duque de Brunswick parecía dar poca importancia á los desembocaderos por donde era posible que asomasen los franceses. Más allá de Awerstaedt, y antes de llegar al puente de Naumburgo, sobre el Saale, hay una especie de hondonada bastante capaz, cortada por un arroyo que después de varios giros se pierde en el Ilma y en el Saale. Esta hondonada, cuyos dos planos se inclinan uno hacia otro, parece un campo de batalla dispuesto para recibir dos ejércitos, sin oponer á su encuentro más obstáculo que el de un pequeño arroyo fácil de atravesar. Recórrele en toda su extensión el camino de Weimar á Naumburgo, bajando primero hacia el arroyo, atravesando éste con un pequeño puente, subiendo luego por el plano opuesto, y cruzando por último un pueblo llamado Hassenhausen, que es el único punto de apoyo que existe en aquel terreno descampado; porque después de Hassenhausen, llegando el camino á la vertiente exterior de la hondonada, se para de repente y desciende por rápidos contornos á las orillas del Saale. Allí está el desfiladero llamado de Kosen, por debajo del cual hay un puente que lleva el nombre de puente de Kosen ó de Naumburgo.

Puesto que se sabía que los franceses estaban al otro lado del Saale hacia Naumburgo, parecía natural ir á tomar posición con una división por lo menos en la cumbre de las rampas de Kosen, no precisamente para atravesar el paso que solamente se trataba de ocultar, sino para impedir su acceso á los franceses, mientras las otras divisiones guarecidas por el Saale proseguiesen su movimiento de retirada. Pero á nadie se ocurrió esto en el estado mayor prusiano: contentáronse con enviar unas cuantas patrullas de caballería á hacer reconocimientos, y las patrullas se retiraron después de haber cambiado unos cuantos pistoletazos con las avanzadas del mariscal Davout; supieron por ellas que los franceses no habían ocupado el desfiladero de Kosen, y se creyeron seguros. Al día siguiente, tres divisiones tenían que atravesar la hondonada que hemos descrito, y ocupar las rampas por donde se baja á las orillas del Saale; y las otras dos divisiones, marchando en pos de las tres primeras á las órdenes del mariscal Kalkreuth, tenían que apoderarse del puente de Freyburgo sobre el Unstrut para asegurar al ejército el paso de este confluente del Saale.

Inútil es en la guerra precaver muchas cosas si no se precaven todas, pues por lo común el punto que se olvida es precisamente el que elige el enemigo para sorprender. Tan costoso como había sido á los prusianos el abandono del Landgrafenberg, iba á serles ahora el descuido en que incurrían con el desfiladero de Kosen.

El mismo Davout, situado por Napoleón en Naumburgo, reunía al juicio más recto una firmeza rara y una severidad inflexible; hacíale vigilante no sólo el deseo de cumplir con su deber, sino también una natural enfermedad que padecía, y que le ocasionaba una debilidad suma en la vista. Así este ilustre guerrero debía á un defecto físico una de las prendas morales que más le distinguían. Como le costaba trabajo discernir los objetos, ponía empeño en observarlos muy de cerca, y

después de haberlos visto por sus propios ojos, hacía que otros los mirasen; hacía continuas preguntas á los que con él se hallaban, no se daba reposo ni se lo permitía á los demás hasta tenerse por bien informado, y nunca se resignaba á vivir en la duda en que tantos generales se adormecen encomendando á la ventura su gloria y la vida de sus soldados. Durante la noche había ido en persona á reconocer el desfiladero de Kosen, y ciertos prisioneros cogidos en una escaramuza le habían dicho que el grande ejército prusiano se aproximaba conducido por el rey, los príncipes y el duque de Brunswick. Con esta noticia había enviado un batallón al puente de Kosen y mandado á sus tropas estuviesen en pie desde media noche para ocupar antes que el enemigo las alturas que dominan el Saale. Hallábase en aquel momento el mariscal Bernadotte en Naumburgo con encargo de dirigirse adonde creyese ser más necesario, y principalmente de auxiliar al mariscal Davout si éste lo había menester; fué Davout en su busca, le notició lo que acababa de saber, le propuso que combatiessen juntos, y hasta le ofreció ponerse bajo su mando por no ser bastantes los cuarenta y seis mil hombres que entre ambos reunían para hacer frente á los ochenta mil que atribuían los rumores al ejército prusiano. Insistió el mariscal Davout alegando las más graves consideraciones. Si el mariscal Lannes ú otro cualquiera hubiera estado en lugar del mariscal Bernadotte, no se hubiera perdido mucho tiempo en vanas explicaciones: el generoso Lannes al aparecer el enemigo hubiera abrazado hasta á su rival más odiado, y se hubiera batido á su lado con lealtad heroica; pero el mariscal Bernadotte, interpretando las órdenes de Napoleón del modo más avieso, se empeñó en dejar á Naumburgo para marchar sobre Dornburgo, donde no había el menor indicio de enemigos (1). ¿De qué podía dimanar tan extraña resolución? No de otra cosa que de esa pasión detestable que hace á veces sacrificar la vida de los hombres y la salvación de los Estados al rencor, á la envidia, á la venganza. El mariscal Bernadotte tenía una aversión profunda al mariscal Davout, nacida de la causa más frívola. Partió dejándole reducido á sus propias fuerzas, y éste último permaneció en su puesto con tres divisiones de infantería y tres regimientos de

(1) Citamos una carta del emperador al príncipe de Ponte-Corvo, escrita después de la batalla de Awerstaedt, que confirma todos nuestros asertos, y cuyas palabras revelan un descontento que Napoleón en cierto modo disfracaba.

Al príncipe de Ponte-Corvo.

Witttemberg, 23 de octubre de 1806.

He recibido su carta de usted; no acostumbro á hacer recriminaciones sobre lo pasado que no tiene remedio. Su cuerpo de usted no se ha encontrado en el campo de batalla, lo cual ha podido costarme caro á pesar de que, según órdenes asaz terminantes, debía usted ocupar á Dornburgo, que es uno de los principales desembocaderos del Saale, al mismo tiempo que el mariscal Lannes se hallase en Jena, el mariscal Augereau en Kala, y el mariscal Davout en Naumburgo. No habiendo ejecutado estas disposiciones mandé á decir á usted por la noche que si se hallaba todavía en Naumburgo marchase á juntarse con el mariscal Davout para sostenerle. Al llegar esta orden estaba usted en Naumburgo, le fué comunicada, y sin embargo preferió usted emprender una falsa marcha para volver á Dornburgo, de donde resultó no hallarse usted en la batalla y sostener el mariscal Davout todo el ímpetu del ejército enemigo. Todo lo cual es muy de sentir, etcétera, etc. — NAPOLEÓN.

(N. del A.)

caballería ligera. Hasta se llevó Bernadotte una división de dragones que había sido destacada de la reserva de caballería para auxiliar á los cuerpos 1.º y 3.º, y de la cual no le era lícito disponer exclusivamente.

Pero el mariscal Davout no vaciló sobre el partido que debía tomar; resolvió cortar el camino al enemigo y dejarse matar con el último soldado de su cuerpo antes que dejar expedita una comunicación que con tanto empeño quería mantener cerrada Napoleón. En la noche del 13 al 14 se puso en marcha hacia el puente de Kosen con las tres divisiones de Gudín, Friant y Morand, que componían veintiséis mil hombres sobre las armas, la mayor parte de infantería, por fortuna la mejor del ejército, merced á la disciplina de hierro que aquel inflexible mariscal mantenía; y con aquellos veintiséis mil hombres se dispuso para hacer frente á un número de enemigos que, según unos, ascendía á setenta mil, á ochenta mil según otros, y que en realidad era de sesenta y seis mil. Los soldados por su parte no estaban acostumbrados á contar el número de sus enemigos por grande que fuera: en todas las circunstancias sabían que tenían que combatir, y estaban seguros de vencer. Después de haber hecho tomar las armas á su hueste antes de rayar el día, atravesó el puente de Kosen, que ocupó la víspera por la noche, subió con la división de Friant por las rampas, y desembocó hacia las seis de la mañana en las alturas que forman uno de los límites del profundo valle ú hondonada de Hassenhausen; de allí á pocos instantes asomaron los prusianos por el lado opuesto de modo que los dos ejércitos hubieran podido distinguirse desde las dos extremidades de aquella especie de anfiteatro, si la niebla, que á la sazón cubría el campo de batalla de Jena, no hubiese también cubierto el de Awerstaedt. La división prusiana de Schmettau marchaba á la cabeza precedida de una vanguardia de caballería de seiscientos jinetes á las órdenes del general Blücher; algo detrás iba el rey con el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf. El general Blücher había bajado hasta el arroyo fangoso que atraviesa el valle, había cruzado el puentecillo y subía al paso por la carretera cuando se encontró con un destacamento francés de caballería, mandado por el coronel Bourke y el capitán Hulot. Disparáronse pistoletazos por entre la niebla, y por nuestra parte hicimos á los prusianos algunos prisioneros. Después de este atrevido reconocimiento, efectuado, por decirlo así, á tientas, el destacamento francés fué á colocarse bajo la protección del 25 de línea que conducía el mariscal Davout. Hizo éste colocar unas cuantas piezas de artillería en la calzada misma y tirar metralla sobre los seiscientos caballos del general Blücher que en breve se desordenaron. Una batería montada que seguía á los seiscientos caballos cayó en poder de dos compañías del 25, y fué llevada á Hassenhausen. Este primer encuentro revelaba toda la gravedad de la situación; iba á empeñarse una gran batalla; sin embargo, la incertidumbre producida por la niebla debía retrasar el rompimiento, porque ni por una parte ni por otra se podía intentar el menor movimiento formal con un enemigo, por decirlo así, invisible.

El mariscal Davout, viniendo de Naumburgo para cerrar la retirada á los prusianos, volvía la espalda al Elba y á la Alemania. Tenía el Saale á su izquierda, y

á su derecha enriscados bosques: los prusianos que venían de Weimar ocupaban la posición contraria. El mariscal Davout, merced al retraso ocasionado por la niebla, tuvo tiempo de apostar convenientemente la división de Gudín que había llegado la primera, y que se componía del 25, del 85, del 12 y del 21 de línea, y de seis escuadrones de cazadores. Situó el 85 en el pueblo de Hassenhausen, y como á la derecha de éste (derecha de los franceses), si bien algo más adelante, había un bosquecillo de sauces, dispersó por entre sus árboles muchos fusileros que rompieron un fuego mortífero sobre la línea prusiana que se empezaba á distinguir. Los otros tres regimientos fueron situados á la derecha del pueblo, dos de ellos desplegados y formados en una línea doble, y el tercero en columna, pronto á formar cuadro sobre el flanco de la división. El terreno que había á la izquierda de Hassenhausen se reservó para las tropas del general Morand. Por lo que hace á la posición del general Friant, las circunstancias de la batalla eran las que habían de determinarla.

El rey de Prusia, el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, que habían atravesado el arroyo con la división de Schmettau, deliberaron al ver las disposiciones que se tomaban más allá de Hassenhausen, sobre si convenría acometer inmediatamente. El duque de Brunswick quería esperar á la división de Wartensleben para obrar con más conjunto; pero el rey y el mariscal de Mollendorf opinaban que no debían diferir el combate. Por otra parte las descargas menudeaban tanto, que era preciso responder al fuego y empeñarse inmediatamente; así, pues, se mandó desplegar á la división de Schmettau haciendo frente al terreno ocupado por los franceses á la vista de Hassenhausen, que en medio de aquel terreno descampado iba á ser el eje de la batalla. Se trató de responder á las guerrillas francesas emboscadas detrás de los sauces; pero fué en vano, porque además de su destreza tenían aquéllas un parapeto, y entonces se tomó un tanto hacia la derecha de Hassenhausen (izquierda para los prusianos) para hacerse de un fuego perpendicular y mortífero. La división de Schmettau se acercó á las líneas de nuestra infantería para descargar sobre ella, y como la niebla empezó á disiparse descubrió á la infantería de la división de Gudín formada á la derecha de Hassenhausen. A su vista el general Blücher reunió su numerosa caballería, y haciendo un rodeo fué á cerrar por el flanco con la división de Gudín; pero no le dió ésta tiempo, porque el 25 que estaba en primera línea dispuso inmediatamente en cuadro su batallón de la derecha, el 21 que estaba en segunda línea siguió su ejemplo, y por último, el 12.º regimiento que estaba á retaguardia formó un solo cuadro con sus dos batallones, y estas tres masas erizadas de bayonetas esperaron con serena confianza á los escuadrones del general Blücher. Los generales Petit, Gudín y Gauthier se habían colocado cada uno en un cuadro, y el mariscal pasaba de uno á otro. El general Blücher, que se distinguía por su ardoroso coraje, dió la primera carga cuidando de dirigirla en persona; pero sus escuadrones no pudieron llegar á nuestras bayonetas, porque una lluvia de balas los detenía de repente y los obligaba á cejar rápidamente. El general Blücher perdió su caballo, tomó el de un trompeta, repitió la carga hasta la tercera vez, pero siempre inútil.

TOMO VII

mente, y por último, hasta él mismo se vió envuelto en la derrota de su caballería. Nuestros escuadrones de cazadores, puestos cuidadosamente en reserva al amparo de un bosquecillo, se precipitaron en pos de aquella caballería fugitiva, y la obligaron á desbandarse aún más de prisa matándole algunos soldados.

Hasta entonces el tercer cuerpo conservaba su terreno sin perder pie. La división de Friant, que tan brillantemente se había portado en Austerlitz, llegó en aquel instante al lugar del combate, y el mariscal Davout viendo que los esfuerzos del enemigo se encaminaban hacia la derecha de Hassenhausen, la llevó en aquella dirección y concentró la división de Gudín alrededor del pueblo, que según todas las apariencias iba á ser impetuosamente asaltado; al mismo tiempo envió orden al general Morand de acelerar el paso para ir á situarse á la izquierda del mismo pueblo.

Por el lado de los prusianos llegaba al campo desalentada la segunda división, que era la de Wartensleben, la cual había quedado rezagada por una confusión que en los bagajes había resultado á la espalda; también la división de Orange, detenida por el mismo obstáculo, llegaba reventada y sin aliento; porque la falta de costumbre de hacer la guerra hacía los movimientos de aquel ejército lentos, desconcertados y embarazosos.

Había llegado el momento de empeñarse el combate con furia. La división de Wartensleben se dirigió por la izquierda de Hassenhausen, mientras la de Schmettau, vigorosamente conducida por los oficiales prusianos, avanzó por el frente del mismo pueblo, y después replegó sus dos alas á su alrededor para circunvalarle. Afortunadamente habían penetrado en él tres regimientos del general Gudín; el 85 que ocupaba su frente se portó en esta jornada con valor heroico, porque acorralado en lo interior del pueblo obstruía su paso con una firmeza invencible, respondiendo con un fuego continuo y certero á la espantosa masa de los fuegos prusianos. Había este regimiento perdido ya la mitad de su fuerza efectiva y todavía se mantenía firme sin desconcertarse; entretanto la división de Wartensleben, aprovechándose de que la división de Morand no hubiese aún ocupado la izquierda de Hassenhausen, amagaba rodear el pueblo haciéndose preceder por una inmensa caballería. Al verlo el general Gudín desplegó el cuarto de sus regimientos, que era el 12, por la izquierda de Hassenhausen para estorbar que fuese envuelto. Era para todos evidente que en aquel terreno descampado, siendo el pueblo de Hassenhausen el único apoyo para unos y el único obstáculo para otros, convenía disputárselo con encarnizamiento. El valiente general Schmettau al frente de su infantería recibió un balazo que le obligó á retirarse. El duque de Brunswick, viendo la enérgica resistencia de los franceses experimentaba una cólera profunda y un secreto desaliento, y creía acercarse al término de la catástrofe cuyo presentimiento atarazaba hacía un mes su alma constrictada. Este anciano guerrero, vacilante en el consejo, pero nunca en el campo, quiere ponerse en persona al frente de los granaderos prusianos y guiarlos al asalto de Hassenhausen, siguiendo una ondulación del terreno que había al lado de la calzada y por el cual se puede llegar descuidadamente al pueblo. Mientras los exhortaba enseñándoles el camino, fué mortalmente herido en el rostro por la bala de un fusil viz-